



## **REVISTA ÚRSULA**

**Mujer dominicana a bordo de una yola: precariedad, violencia y migración en “9 iris”, de Kianny N. Antigua**

**Dominican woman on board a yawl: precariousness, violence and migration in “9 iris”, by Kianny N. Antigua**

**Estefanía Tamargo González**

**(Universidad Complutense de Madrid)**

[etamargo@ucm.es](mailto:etamargo@ucm.es)

**RESUMEN:** A lo largo de estas páginas, se analiza “9 iris”, el relato que da título al libro *9 iris y otros malditos cuentos* (2010) de la escritora dominicana Kianny N. Antigua. Se abordan las pericias de Nueve, la protagonista, para sobrevivir en un clima constante de violencia desde la niñez hasta la adultez, en un sistema mundo que precariza las vidas de las mujeres –con un considerable sesgo de raza y nacionalidad– y sus maternidades. Se hace, además, hincapié en la dificultad y el horror que supone emigrar a bordo de una yola, así como en los conflictos que se dan en el país de destino.

**PALABRAS CLAVE:** cuento dominicano contemporáneo, género, raza, pobreza, migración, yola.

**ABSTRACT:** Throughout these pages, we analyse “9 iris” the short story –or short novel– that gives name to the book *9 iris y otros malditos cuentos*, from the Dominican writer Kianny N. Antigua. We address the skills of Nueve, the main character, to survive in a constant violent environment from her childhood to her adulthood, in a world system that compromises women’s lives –with a considerable racial and nationality bias– and their motherhood. We also focus on the uncertainty and horror that implies the fact of emigrating onboard a yawl, as well as on the conflicts that arise in the destination country.

**KEYWORDS:** contemporary dominican short story, gender, race, poverty, migration, yawl.



## Introducción

Kianny N. Antigua<sup>1</sup> es una de las escritoras con mayor impacto en la literatura dominicana actual. Las temáticas que se analizan a lo largo de este trabajo –el género, la raza, la clase y la migración– son recurrentes en su poética, estableciendo, así, un diálogo con algunas de sus coetáneas<sup>2</sup>. En general y con independencia del género de quien escribe, la literatura dominicana contemporánea rastrea los senderos de la violencia que las cuestiones anteriormente referidas propician. Sus autores entienden a Santo Domingo –y a San Juan, Nueva York o cualquier ciudad europea (las principales urbes a las que migran sus personajes)– como escenarios sórdidos que dan cobijo a la crueldad de un sistema mundo para con unos cuerpos determinados: engenerizados, racializados, hipersexualizados y empobrecidos, entre otras cuestiones.

En *9 iris y otros malditos cuentos*, Antigua explora las dinámicas descritas desde el personaje de Nueve y sus padecimientos: como mujer, pobre, madre en solitario; como mujer que intenta migrar arriesgando su vida en sucesivas ocasiones, con las implicaciones que conlleva para su salud mental; y, finalmente, como mujer migrante. El relato<sup>3</sup> tiene un cariz testimonial y, al final del mismo, se reconoce el parentesco de la voz narrativa con la protagonista:

Nueve ha seguido siendo Nueve. Una mujer decidida a la que la vida le ha dado pocas treguas. La que una vez soñó con tener más y con ser más. Cuyos labios carnosos se duplicaron en mí y hoy cuento lo que una o muchas veces escuché. Ella no puso un lápiz en mi mano y quizás piensa no ha sido la mejor

---

<sup>1</sup> Kianny N. Antigua (San Francisco de Macorís, República Dominicana, 1979) es escritora, traductora y profesora en Dartmouth College. Ha publicado los libros de relatos *El Expreso* (2004), *9 Iris y otros malditos cuentos* (2010), *El tragaluz del sótano* (2014), *Aquí hubo una mujer* (2018) y *Bestezuelas* (2021), además de los poemarios *Cuando el resto se apaga* (2013) y *Cuaderno vital* (2019), y la novela *Caléndula* (2016). Es, también, autora de literatura infantojuvenil con títulos destacados como *Greña / Crazy Hair* (2018), *Al revés / Upside Down* (2016) o *Nina Manina* (2020).

<sup>2</sup> Se hace referencia, entre otras autoras, a Ángela Hernández (Jarabacoa, 1954), Josefina Báez (La Romana, 1960), Aurora Arias (Santo Domingo 1962), Marianela Medrano (Guayubín, 1964), Sussy Santana (Santo Domingo, 1976), Rita Indiana (Santo Domingo, 1977) o Rosa Silverio (Santiago de los Caballeros, 1978), quienes abordan en mayor o menor medida, tanto en sus poemas como en sus cuentos y novelas, las mismas temáticas.

<sup>3</sup> Por la extensión y la estructuración del mismo, José Acosta, en el prólogo, sugiere la idea de que el texto pueda considerarse también una novela corta. La narración –que en total tiene setenta páginas– está dividida en nueve partes o capítulos titulados mediante numeración arábiga del uno al nueve, que cuentan con una extensión entre una y diez páginas. Cada uno de ellos está precedido, a su vez, por una canción popular vinculada a los acontecimientos que se desarrollan en él. En la presente investigación y aun entendiendo que los criterios para concebirla una novela corta son sólidos, se prefiere entender la obra como un cuento, respetando las consideraciones de la autora, que titula el libro *9 Iris y otros malditos cuentos*, evidenciando que concibe el libro como una colección de cuentos.



madre de sus hijas, pero ha sido más que eso. Nueve Iris ha sido y será mi madre amada y mi inspiración (Antigua 85).

La labor de “contar lo que una o muchas veces escuché” responde a un principio de genealogía feminista: narrar la historia de las ancestras es contribuir a la ruptura de los cánones misóginos que rigen las sociedades contemporáneas, en la medida en que se desilencian las biografías atravesadas por el machismo, el racismo y el clasismo.

En este trabajo se ha querido preservar el tono testimonial y, por ello, la estructura del mismo responde a un principio cronológico: se analizan las vivencias de Nueve –atendiendo específicamente a las opresiones que enfrenta– desde la infancia hasta la edad adulta, tal y como está escrito el relato. Así, “Nueve la inconforme” se focaliza en esa primera etapa vital en la que la niña muestra ya un temperamento obstinado que se incrementará a lo largo del relato y será decisivo en su recorrido vital; “Nueve: maternidad, abandono, precariedad y violencia de género” se centra en la Nueve joven adolecida por las violencias que la atraviesan; “Nueve, mujer en tránsito” describe las problemáticas que atañen, para la protagonista, los múltiples intentos de abandonar su patria; por último, en “Nueve, mujer migrante”, se exponen las complicaciones que atraviesa ya en San Juan, como mujer, racializada, de origen dominicano que intenta establecerse en Puerto Rico y reagrupar a su familia.

### **Nueve, la inconforme**

Los nueve capítulos que componen “9 iris”, el cuento de Kianny Antigua que da título a su obra *9 iris y otros malditos cuentos* (2010), son cronológicos, de manera que, desde el primer capítulo, se esboza el carácter de la protagonista: Nieve Iris Méndez, o Nueve Iris, como la apodan. De hecho, el primer texto comienza aludiendo a un temperamento problemático: “Los hijos de Doña Delia son tranquilos, pero esa Nievecita, ¡ay, mamá!, ahí fue donde comenzaron a llover maco” (Antigua 17). Nueve es hija de doña Delia y don Aldo. La madre cosía y el padre era funcionario de carreteras. En total tienen once hijos y, por el trabajo de su padre, se establecen en diferentes lugares del país, ejerciendo una constante migración interna. Por ello, aunque Nueve había nacido en Nagua, se trasladan a San Francisco de Macorís cuando ella tenía ocho años. Este acontecimiento funciona como un punto de giro en la narración: “Las calles asfaltadas, los tacones limpios



de las señoras, las gallinas en su corral, entre otros, fueron los causantes, quizá, de un ligero cambio en el espíritu Nueve. Quería más, se merecía más, dedujo” (Antigua 19).

En este contexto, la autora ofrece anécdotas de la infancia de Nueve que refuerzan su perfil insaciable y preludian el futuro. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando Nueve ve jugar a una vecina con una muñeca Barbie:

No era justo que tanto ella como sus tres hermanas tuvieran la misma muñeca de trapo que vieron nacer de retazos que iban sobrando de la ropa que Delia cosía, mientras esa carajita de la porra no solo tenía una muñeca último modelo, sino que encima le habían comprado un juego de cocina, un pimpón, un juego de Jazz y, peor aún, unas zapatillas con taquitos (Antigua 19-20).

La desigualdad económica produce en Nueve sentimientos de incompreensión, frustración y envidia que la conducen a la violencia: “no le dejó más que la cabeza a la famosa Barbi, la cual mantuvo su sonrisa fiel ante el llanto desconsolado de su dueña” (Antigua 20). La niña despierta la enemistad y el terror en el barrio; su fama de problemática la precede, pero la responsabilidad de sus actos se atribuye únicamente a su naturaleza, a una conflictividad innata, relativa al temperamento; mientras que el contexto sociocultural y educacional de la menor queda exento de culpa, obviando sus implicaciones en la formación del carácter<sup>4</sup>. Así lo atestigua, por ejemplo, la cita que sigue:

Le rompió un diente a Facundo el hijo del mecánico... le deshojó el libro de matemáticas a Flora por no quererle prestar, y a Camelia, su hermana, le despilfarró el uniforme encima por meterse en lo que no le importaba. [...] No valieron pelás, ni amenazas, ni ningún otro castigo humano que la hiciera cambiar (Antigua 21).

Las medidas que sus cuidadores utilizan para contener ese temperamento explosivo son los golpes y las amenazas, propias de una educación autoritaria y violenta, enmarcada en una sociopolítica de la misma naturaleza, que probablemente sean parte del origen de su disconformidad. A medida que la narración avanza, son diversas las menciones a sus vehementes aspiraciones, a su necesidad de cambio y huida.

---

<sup>4</sup> Numerosos estudios han atribuido un rasgo innato en la concepción del temperamento: “la expresión ‘temperamento’ se relaciona estrechamente con las bases biológicas o constitucionales de la personalidad” (Izquierdo 618), mientras que el carácter se produciría en el entorno del individuo, en su contexto, en la sociedad. Sin embargo, no es posible definir, taxativamente, carácter y temperamento de esta forma porque no existe consenso en cuanto a tales implicaciones dentro de las ciencias que abordan dichos términos. A pesar de ello, y dado que, en el relato, el entorno de Nueve la estigmatiza y casi la demoniza achacando ciertas tendencias de su personalidad a una condición innata, se determina hacer esta divergencia para resaltar las implicaciones sociales y educacionales que, en la protagonista, no se tienen en cuenta. Para una aproximación a los conceptos de personalidad, carácter y temperamento, y la interrelación entre ellos, véase Izquierdo Martínez (2002).



## Nueve: maternidad, abandono, precariedad y violencia de género

En la adolescencia, Nueve continúa manifestando ese espíritu ambicioso: “quería ser periodista o vedette, lo que llegara primero” (Antigua 26), y es en ese entonces cuando conoce a “El Kiary”: “Hacían una pareja muy bonita; además, tenían muchas cosas en común. Eran atléticos, atractivos, liosos, y, sobretudo, [sic] eran jóvenes con muchas expectativas” (Antigua 25). Ambos mantienen una relación de intensas pasiones intervenida, además, por el rechazo de Espedita, la madre del Kiary: “No hubo defectos de Nueve que Espedita no le recordara a su hijo, `que tiene la boca muy grande... el pelo muy rizado... el culo muy redondo...’” (Antigua 27-29). El racismo patente de Espedita<sup>5</sup> permite situar a Nueve como una mujer racializada, con rasgos físicos atribuidos a la negritud que, para la suegra –así como para las sociedades racistas– son connotaciones negativas. De este modo, la autora perfila a una protagonista mujer, negra y empobrecida que, a la edad de dieciséis años, descubre que está embarazada, al mismo tiempo que conoce la noticia de que el padre del Kiary le ha comprado una visa a su hijo:

El Kiary voló a Nueva York, dejando promesas envueltas en llanto, y Nueve quedó preñada (en medio de tantas personas, enterrada en una fosa solitaria). La felicidad que parecía conocer se le evaporó ante la presencia de un ser indeseado y la ausencia del amado. Nada volvió a ser igual. Nada podía ser igual (Antigua 27).

Nueve se encuentra en una situación de absoluta vulnerabilidad: asumiendo una maternidad no deseada e impuesta<sup>6</sup>, al mismo tiempo que atraviesa el duelo de la ausencia del Kiary ya no solo como pareja, sino también como padre. Aunque la relación no se haya roto, se complejiza, cuanto menos, y Nueve augura un futuro incierto. Ya en el embarazo, ella misma advierte la soledad. La vida que hasta ahora había tenido, llena de expectativas y metas en la etapa presente, se trunca y ya nada puede ser igual. Los meses de embarazo son un letargo en la vida de Nueve: “El virus de vivir en casa de sus padres, con la suegra en contra, sin el hombre que amaba a su lado, con una barriga

---

<sup>5</sup> Sería pertinente realizar una aproximación a la cuestión racial en República Dominicana, que, por razones de espacio, se resuelve no llevar a cabo. Cabe señalar, no obstante, que Espedita –cuyos rasgos físicos pueden coincidir o no con los de Nueve– pretende un “blanqueamiento” de la raza, de su descendencia. Frantz Fanon analiza esta cuestión refiriéndose al caso martiniqués, siendo aplicable a los conflictos raciales que acontecen en República Dominicana y en gran parte del Caribe: “Porque hay que blanquear la raza; eso es algo que todos los martinicanos saben, dicen, repiten. Blanquear la raza, salvar la raza. [...] asegurar su blancura” (Fanon 68-69).

<sup>6</sup> Por los motivos que sea, ya ideológicos, ya culturales, debido a la penalización del aborto o los peligros de su práctica clandestina –puesto que en el texto no se expresa– Nueve ni siquiera se plantea –o al menos no se menciona– el aborto.



asquerosamente grande y con dieciséis años de edad” (Antigua 28). Cinco meses después de la partida del Kiary, la relación se termina por la intervención malintencionada de la madre de este: “cortó así el cordón umbilical entre ella, él y el bebé que estaba a punto de nacer. El Kiary deseó volar a San Francisco de Macorís a matar a Nueve y Nueve intentó suicidarse” (Antigua 29). La inminente maternidad no deseada, el duelo por la ruptura de la relación y la situación socioeconómica de Nueve impactan en su salud mental llegando a producirse un intento autolítico que, paradójicamente, no tuvo repercusiones en la bebé.

En ausencia de una paternidad responsable –puesto que “El Kiary se negaba a mantenerla, y mucho más a quererla” (Antigua 29)–, Nueve asume la completa responsabilidad de su hija “haciendo rifas y sanes para no morir de hambre” (Antigua 29). No existen, en la mayor parte de las sociedades occidentales, medidas públicas que amparen la maternidad en solitario, por lo que “la monomarentalidad, en general, es sinónimo de pobreza” (Vivas 55)<sup>7</sup>. Nueve, que ya había nacido en la pobreza, ahora tiene que ingeniárselas para poder comer. Aunque su situación es completamente inestable, encuentra en la casa de sus padres un hogar para sí y para su hija; la familia se convierte en red de apoyo, en una tribu, ya que “todos colaboraban en la crianza de Vaquita Blanca” (Antigua 30), como apodaron a la pequeña.

Tiempo después, Nueve conoce a Chinchilín, con quien tiene una segunda hija. Ambos se mudan para proveerles a las dos niñas un hogar: “El cuartito tenía todo que envidiarle a la casa de doña Delia. Quedaba en la parte de atrás de una casucha de madera que estaba yéndose de lado. Para llegar al nidito de amor, había que entrar por un callejón, que además de camino para las personas, también servía de desagüe y de ruta principal de los ratones del barrio” (Antigua 39). Desde la más cruda ironía, la autora se encarga de reflejar la pobreza habitacional, porque así se hace tangible la precarización extrema de su cotidianidad. Deben subsistir en condiciones deplorables, con riesgo de derrumbe y de infecciones, dada la insalubridad que supone vivir próximos a un desagüe con una niña pequeña y una recién nacida. La situación, tal y como afirma la voz narrativa, se hacía insostenible: “Aunque la intención inicial era buena, la pobreza que los abrazaba

---

<sup>7</sup> Si bien Esther Vivas Estévez está, en este caso, analizando la maternidad en solitario en el contexto español, esta condición económica que circunda a las madres solas es extrapolable a la mayor parte de las sociedades contemporáneas en las que no existen medidas políticas destinadas al respaldo de la maternidad –y más aún, teniendo en cuenta que las experiencias se recrudecen en países empobrecidos–. En este caso, Nueve no tiene apoyo de ninguna institución, tampoco recibe ayuda económica y tanto la oferta laboral como la conciliación son inexistentes.



era traumatizante” (Antigua 40)<sup>8</sup>. Sin otra solución aparente y para salvaguardar la salud física y mental de la familia, Nueve decide regresar con sus hijas a la casa de su madre, aun sin haber terminado la relación con Chinchilín.

Más tarde –y del mismo modo en que ya le había ocurrido con Kiary–, Nueve descubre una infidelidad de su pareja: “En efecto, cuando se enteró de que Chinchilín le estaba montando los cuernos, ella [...] hirvió una pila de agua y fue derecho a la acera donde la esperaba su Rubirosa particular (en espera de su perdón)” (Antigua 42)<sup>9</sup>. Se produce, entonces, la ruptura con Chinchilín, de forma muy similar para Nueve, que experimenta –otra vez– la ausencia no solo de su pareja, sino del padre de su hija, puesto que, como el primero, Chinchilín no se hará cargo ni económica ni afectivamente de Franiel.

La situación financiera de Nueve se complejiza aún más, por lo que los recursos pasados para sobrevivir ya no son suficientes: “El dinero se hacía simplemente intangible. Ya no valía llevar sanes, ni hacer rifas, ni lavar aquí o allí” (Antigua 44). La falta de oportunidades para Nueve se enmarca, además, en un contexto de crisis económica en el país que insta a la población dominicana a emigrar a partir de los años ochenta:

Por razones económicas y sentimentales, por curiosidad, por un mejor futuro para sus hijas, pero más que nada por cojonuda, Nueve optó por dar el gran paso: irse a los Estados Unidos. La idiosincrasia casi generalizada de los macorisanos, en los años 80, era la misma: buscársela en Nueva York; llegar allí era el camino a Santiago. Nueve decidió coger la yola (Antigua 44).

Nueve toma la decisión de emigrar de manera individual, contrariamente a lo que suele acontecer: “El viaje usualmente es una decisión familiar para lograr que una mujer

---

<sup>8</sup> Antigua aún, de manera consciente, la pobreza y el trauma. Para una aproximación a las implicaciones que la pobreza tiene sobre la salud mental en la infancia, véase: Gelabert Horrach (2017)..

<sup>9</sup> Sería pertinente analizar, con perspectiva de género, a las parejas que tiene Nueve en el relato. Las relaciones descritas con los hombres están, casi siempre, atravesadas por la violencia: a veces, como ocurriría con Pacheco, se enfrenta al maltrato físico; en otras ocasiones, como sucede con Kiary o Chinchilín, a la paternidad irresponsable –uno de los tipos de violencia de género más invisibilizados y normalizados, con todo el impacto que supone para las madres que crían solas–. En este fragmento, Antigua alude a Porfirio Rubirosa, yerno de Trujillo, quien encarnó –junto al tirano– la masculinidad dominicana durante la dictadura, perpetrando la imagen del “tíguere” hasta la actualidad. El “tíguere” es una “figura mítica de la masculinidad de barrio que alcanza poder –riquezas, mujeres, dominio sobre otros– partiendo de nada. El tíguere es, en esencia, un gran simulador, alguien que gana acceso a un lugar superior vistiendo bien y dando muestras de tener el estilo que el papel requiere, pero quien, además, es atrevido, osado y tiene ‘labia’” (Derby 209). En la misma línea, Giulia de Sarlo, subraya: “La posesión de la mujer es el campo de batalla donde se mide el valor del tíguere: mujer como amante, o sea como posesión” (De Sarlo 93). La autora vincula a Chinchilín con la figura del tíguere para, de esta forma, asignarle las características misóginas propias de este tipo de masculinidad.



joven obtenga trabajo en el exterior y contribuya al sostén de la familia” (Hernández 229-230). El cúmulo de razones por las que decide irse es amplio, pero en algún momento de la narración, se recupera y se destaca el motivo principal: “Ella era la loca inconforme, la que quería más, la que sabía que podía conseguir más, no para ella: para ella había dejado de querer desde que El Kiary se fue: quería más para sus hijas y los demás locos” (Antigua 58).

Durante las últimas décadas, en República Dominicana se ha dado una feminización de la migración y se hace indispensable atender esta cuestión: “el género influye en quién migra, en por qué y en cómo se toma la decisión de hacerlo” (Fernández-Hawrylak *et. al.* 93). Nueve toma la decisión de irse con la meta de asegurar el bienestar de sus hijas y del resto de la familia. Habitualmente, en las sociedades patriarcales, las mujeres precarizan sus modos de vida en favor a la conveniencia familiar. Esto ocurre, en parte, por la forma en que, desde la infancia, se socializa a las niñas en materia de cuidados. Nueve, una mujer que ha sido dos veces abandonada y cuyas hijas también lo han sido, se instituye como jefa de familia y como la principal responsable de sus cuidados.

### **Nueve, mujer en tránsito**

Puerto Rico, como Estado Libre Asociado, funciona –para muchos migrantes de Latinoamérica y el Caribe–, como un puente de acceso a los Estados Unidos. Con el fin de arribar a sus costas, muchas personas deciden subirse a una yola: una embarcación precaria e ineficaz para subsistir en alta mar y más aún, en zonas peligrosas como el Canal de la Mona –que separa Puerto Rico y República Dominicana–<sup>10</sup>. La autora lleva a cabo un abordaje descarnado de lo que supone migrar a bordo de una yola. Inicialmente, la descripción es irónica:

---

<sup>10</sup> En 1970 se reportan las primeras entradas “ilegales” –en el marco de los flujos migratorios forzados y el entramado sociopolítico que los produce y los sustenta– tal como documenta el periódico *El Mundo* (Peña Alicea 3). Se calcula que más de 200.000 personas dominicanas han entrado en yola a Puerto Rico y son incontables las muertes que este trayecto ha ocasionado. Este fenómeno migratorio ha sido recogido de formas diversas: desde el contexto literario, como el relato que se analiza; en el cine; en la prensa y, en los últimos años, las redes sociales o los *podcasts* han servido de espacio para la difusión de testimonios de supervivientes. Es el caso de “El Príncipe Podcast”, que acumula un gran número de entrevistas bajo el título “Podcast de yola”, en los que se abordan temas como la estafa, el naufragio, la violencia que infringen los capitanes, o la tragedia de ser mujer y menstruar en el trayecto. *Vid.:* <https://www.youtube.com/channel/UCXuF1jaJMURE4Cl6c0TU-NQ/videos>



En vez de coger un carro a la Capital y allí un avión al otro lado, ella solo tendría que coger un carro hasta Samaná, de allí un bote hasta Sabana de la Ma, y otra máquina hasta Miches... montar unos cuatro días, sentarse ella y veintinueve más en una Yolita donde caben quince, tostarse un par de días bajo el piadoso sol del Mar Caribe, esquivar uno que otro tiburoncito de camino, y luego, bandeársela como pueda en las arenas borinqueñas con toda la guardia nacional y los habitantes de la Isla del Encanto en su contra. ¡Una mano de billar! (Antigua 45).

La ironía permite un liviano distanciamiento del horror para dar cabida a la crítica. La tensión narrativa se incrementa con los preparativos del viaje que Nueve tiene que llevar a cabo. Comienza con la reubicación de las niñas: “La Vaquita se quedaría con mamá Delia. Franniel se quedaba con Sachi, como ella llamaba a la esposa de Manuel [hermano de Nueve]” (Antigua 50). Sin haberse ido, la familia ya experimenta una fragmentación, una dispersión física que, inherentemente, repercute en el estado emocional de sus miembros: “El que Nueve dejara a la niña en casa de Sachi destruyó a la Vaquita porque ella se quedaba triplemente sola” (Antigua 50). Las madres se enfrentan a esa reorganización familiar antes de su partida, que dará paso a la concepción de la familia transnacional<sup>11</sup>: “Las mujeres migrantes que se han convertido en el primer eslabón de la cadena migratoria han llevado a cabo complejos procesos de adaptación en torno al ejercicio de la maternidad transnacional” (Pedone 52). Son, además, otras mujeres las que ostentarán el cuidado de las niñas; así, Vaquita se quedará con la abuela, mientras que Franniel lo hará con la cuñada de Nueve:

En origen es necesario realizar una serie de arreglos en su entorno familiar más inmediato que cubrirán su rol de reproducción social durante su migración. Estas negociaciones, muchas veces, han supuesto una sobrecarga de tareas y responsabilidades para las abuelas (Pedone 52).

La abuela y, en el caso que nos ocupa, también Sachi, adoptarán el rol de cuidadoras principales de sus hijas y, al mismo tiempo, serán un eslabón importantísimo en el mantenimiento de los vínculos afectivos y la memoria.

Antes de la partida de la madre, Franniel enferma: “Llegó un momento en que sus interminables travesuras se minimizaron y poco a poco se desvanecieron. Ya no hacía maldades, ni le prendía fuego al colchón, ni atrapaba animalitos para asustar a su familia” (Antigua 55). Este comportamiento apático en conjunción a su semblante –“sus ojitos

---

<sup>11</sup> “Las familias transnacionales son aquellas en las que sus miembros viven separados físicamente unos de otros una parte o la mayor parte del tiempo y son capaces de mantener vínculos que les permiten sentirse integrantes de una unidad” (Bryceson y Vuorela 90). La transnacionalidad impone una recodificación de la estructura familiar, por lo que “Estas familias inciden intencionalmente más que cualquier otra forma de familia sobre los lazos familiares, y al forjarlos de manera permanente a través de múltiples vías de contacto simbólico y real (remesas), reducen los efectos de la distancia” (Fernández-Hawrylak *et. al.* 90).



grandes solo vislumbraban oscuridad” (Antigua 55)– fueron suficientemente esclarecedores para el diagnóstico:

Doña Delia la vio y, junto a Nueve y a Sachi, dedujeron que padecía de tristeza. —“La niña sufre de sospecha de abandono”, le reprochó la doña a su hija; pero Nueve sabía que si se quedaba la niña sufriría de muchas otras cosas más irreversibles que la tristeza (Antigua 55).

Cuando Fernanda Bustamante analiza la partida de los progenitores hacia Estados Unidos en la cuentística dominicana reciente –a través de la obra de Junot Díaz y Juan Dicient–, percibe la migración como una ruptura de los vínculos afectivos: “No sólo habrá que despedirse de República Dominicana, sino también de los amigos y familiares, y esta alteración en la estructura social trae consigo el quiebre de los vínculos afectivos, y con ello, el desapego y desarraigo” (Bustamante “Subjetividades” 158). La niña vaticina el abandono, porque la marcha de su madre significa únicamente la desconexión con la figura de apego desde una perspectiva maternofilial. En los años ochenta, cuando Nueve decide irse, no existían las alternativas que hoy ofrecen las nuevas tecnologías para la comunicación. De igual modo, la presencia física de la figura principal de apego durante los primeros años se considera fundamental para el correcto desarrollo emocional de niños y niñas. Con intención de aliviar la tristeza de Franniel, Nueve resuelve quedarse un tiempo más, aunque con ello no llega a solventar el problema: “se fue una semana después de lo acordado. Se quedó velando a la niña, dándole amor de más, por adelantado. Franniel no mejoró” (Antigua 56).

Una vez terminados los preparativos previos a su marcha, Nueve se concentra en el viaje: “El viaje estaba planeado para la primera semana de agosto. Los pasajeros debían estar en Miches dos semanas antes para tantear la zona. Además, la fecha exacta de los viajes en yola era y será un secreto de estado” (Antigua 51). La alusión al secreto de estado encubre la criminalización de las redes que organizan los viajes, ya que “la migración forzada [...] no es fortuita: se produce y se administra” (Estévez 245). El concepto de necropolítica acuñado por Achille Mbembe (2006) –que, partiendo del biopoder de Foucault, hace referencia al poder político que determina “quién puede vivir y quién debe morir” (Mbembe 19)– ha sido asociado al panorama contemporáneo de las migraciones forzadas: “en la actualidad, se puede constatar una gestión necropolítica de las migraciones al tener en cuenta cómo las políticas restrictivas y punitivas en materia de migración tienden a incrementar las muertes evitables de poblaciones de por sí



vulnerables” (García 18). Son “vidas que, desde un prisma mercantilista e inhumano que atiende a principios estrictamente económicos, no contribuyen al funcionamiento del sistema sociopolítico y que, por tanto, resultan vidas excedentes, sobrantes” (García 18).

Las calamidades que tanto Nueve como sus compañeros y compañeras de trayecto deben enfrentar son representativas de esta necropolítica de las migraciones que se ha venido refiriendo. El inicio se convierte en espera:

Nueve llegó a Miches. Allí le informaron que no habían podido salir porque la vigilancia la habían doblado después que desmantelaran dos viajes en una misma semana. La siguiente semana, tratarían. Mientras, Nueve se hospedaba en casa de Néstor y Mercedes (Antigua 56).

La casa de su hermano se transforma, entonces, en un lugar de tránsito, en un no-lugar<sup>12</sup> desde el que Nueve simplemente espera. La hostilidad del ambiente le incrementa la oposición familiar ante la determinación de Nueve, esta vez, encarnada en las palabras de su hermano:

—Pero mujer del diablo, ¿tú perdiste el maldito sentido? ¿Tú sabes cuánta gente se muere a cada rato por andar inventando en una jodía yola? He visto los pedazos de cuerpos que devuelve la marea. Tú no piensas qué va a pasar con las dos tiguieritas tuyas, que ya no tienen papá, y que si tú sigues de loca se van a quedar sin mamá. ¿Eh? ¿Tú sabes en el saco de mierda en que tú te estás metiendo? (Antigua 57).

Consciente de los peligros que entrañaba el viaje, pero también del futuro que les deparaba la crisis económica que envolvía al país, aprovecha esos días para prepararse mentalmente: “solo podía imaginarse lo peor, así se iba acostumbrando a la travesía que le esperaba, y rezar porque sus tesoros nunca tuvieran que pasar por lo que ella” (Antigua 57). Intenta, pues, establecer una conexión casi espiritual con el mar: “necesitaba familiarizarse con el mar, buscaba agradarle, aliarse con quien muy pronto iba a convertirse en su verdugo” (Antigua 59).

El temporal interrumpió la odisea: “Fue tanta la tempestad y el mal tiempo que, después de día y medio de navegación, decidieron regresar. Nueve volvió a casa de

---

<sup>12</sup> La estadía en casa de su hermano es un mero tránsito y así parece experimentarla Nueve, que ni siquiera se comunica con él, con su cuñada, o con sus sobrinos y que deambula por las calles del pueblo —lo que le confiere anonimato, siendo uno de los requisitos que Augé destina al no lugar— en estado de espera. La transitoriedad, la nula interacción y el sentimiento asfixiante de espera ante el viaje nos llevan al concepto de Marc Augé: “por ‘no lugar’ designamos dos realidades complementarias pero distintas: los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio), y la relación que los individuos mantienen con esos espacios. Si las dos relaciones se superponen bastante ampliamente, [...] no se confunden por eso pues los no lugares mediatizan todo un conjunto de relaciones consigo mismo y con los otros que no apuntan sino indirectamente a sus fines: como los lugares antropológicos crean lo social orgánico, los no lugares crean la contractualidad solitaria” (Augé 98).



Néstor. Estaba pálida, vieja. Parecía que una bruja le había bebido el alma” (Antigua 63). Cuando Néstor, al verla, intenta disuadirla de volver a intentarlo, Nueve lo desoye: “Dicha sugerencia sabía a fracaso. No podía hacerle eso ni a la Vaquita ni a Franniel; ellas merecían más” (Antigua 63). Por ello, regresa a casa de su hermano aguardando una nueva fecha de viaje. Vuelve, entonces, a estar en tránsito, en espera, a ser una sujeta escindida entre el adentro y el afuera. Deambula, otra vez, por el pueblo hasta que llega la ansiada –y temida– segunda salida.

En la yola no se permiten mujeres menstruando porque el olor de la sangre atrae a los tiburones y de esta norma se han derivado numerosas atrocidades comúnmente conocidas. Antigua hace un fiel retrato de estas situaciones que enfrentan las mujeres a bordo de una yola cuando Carmen, tras varias horas de travesía, comienza a menstruar:

al principio pensó que se había orinado a consecuencia del miedo y del llanto. Sin previo aviso, algunos tiburones que exploraban el área se desesperaron al sentir el coagulante aroma de la sangre. Como vampiros debajo del agua, aleteaban y golpeaban la embarcación. Los golpes eran tan fuertes que en varias ocasiones pensaron que la yola se iba a voltear. Nueve se moría del miedo. Lloraba, gritaba, como la gran mayoría de los que con ella compartían el terror. El capitán, quien parecía tener mucha, mucha experiencia en el asunto, forzó a cada una de las mujeres a que se bajaran los pantalones y mostraran que allí no había más que sebo.

Nueve se negó a medio desnudarse frente a todos, pero era eso o la tiraban al mar. Veintitrés vidas valen más que una. (Antigua 65).

Finalmente, y a pesar de la oposición de algunos y del silencio de otros –Nueve se había desmayado–, arrojaron a Carmen al mar y regresaron: “Los tiburones no se habían saciado y ya no había ninguna otra mujer menstruando” (Antigua 66). Antigua refleja, con el asesinato de Carmen, una práctica asidua de los trayectos en yola<sup>13</sup>. No sería desmesurado afirmar que las múltiples violencias a las que se enfrentan las mujeres migrantes y, entre ellas, los feminicidios a bordo de una yola, implican una engenerización de la necropolítica, donde el cuerpo femenino representa una vulnerabilidad extrema.

---

<sup>13</sup> Vanessa Pascual recoge el siguiente testimonio sobre una mujer embarazada de siete meses que, a finales de los ochenta, decidió subirse a una yola para proveerle un mejor futuro a su criatura: “Entre la ansiedad que provocaba aquel mar interminable y la incertidumbre del arribo a unas playas ajenas, el vientre reventó sin pedirle permiso al tiempo. De la alegría colectiva se pasó muy frágilmente a la desesperación cuando, a borbotones, el azul que circundaba la yola se fue transformando en un rojo intenso y angustioso. Los buitres del mar que habitan el Canal de la Mona, olfateando tan llamativas presas, comenzaron a merodear la débil embarcación. El pánico se convirtió en preludio de la frialdad, el individualismo y la deshumanización de muchos. [...] Los números y la ‘democracia’ que mediaron pudieron más que la compasión y, así, el ciego impulso colectivo entregó el botín a los temibles tiburones” (Pascual párr. 5).



En esta segunda yola, Nueve había conocido a Chivito, con quien regresa a San Francisco de Macorís “tratando de olvidar lo vivido” (Antigua 69); y ambos inician una relación: “Por el periodo de un año, Nueve, la Vaquita, Franniel y Chivito vivieron como una familia. Una feliz familia” (Antigua 69). Esta inesperada felicidad se incrementa con la noticia de un tercer embarazo: “Por un momento, Nueve imaginó que podía vivir tranquila y proveerle a los suyos sin tener que alejarse de ellos” (Antigua 70).

El ideal de familia asumido socioculturalmente permea en los deseos de Nueve, cuya felicidad es consecuencia de poder construir una familia –como si la suya estuviese incompleta sin la presencia de la figura paterna–: “Ahora era una mujer con dos hijas, un marido y un retoño en su vientre que la necesitaba para vivir tanto como ella a él para demostrarse que podía tener una familia, su familia” (Antigua 70). Sin embargo, los planes de Nueve se truncan cuando es atropellada por un motociclista ebrio: “El accidente provocó que Nueve perdiera la barriga de casi ocho meses. Eran mellizos” (Antigua 70). El aborto es un nuevo punto de giro en la narración. Ella y sus hijas regresaron a casa de Delia y, sin tiempo para el duelo, “Nueve, aún con heridas visibles, resolvió irse” (Antigua 70). La “frustración y la determinación” (Antigua 70) desmedidas hicieron que intentara llegar a Puerto Rico en varias ocasiones: “Una vez la familia llegó a considerar que se había muerto” (Antigua 70) y le organizaron un velorio.

Los múltiples intentos de partida de Nueve hacen que viva en un permanente estado de tránsito, fracaso y espera. Similar a un letargo, su vida se reducía a subirse en una yola. Consecuentemente, a sus hijas “Les faltaba brillo en los ojos, sonrisa en las almas y madre” (Antigua 71). Es decir, experimentan un abandono en presencia física de su madre, a quien el proyecto migratorio tiene desvinculada de su entorno y de su realidad inmediata: “Después de haberlo intentado en doce ocasiones, de haber visto cómo los tiburones mordían el cuerpo de una mujer, que bien pudo haber sido el suyo, después de haberse perdido en medio del océano y haber visto su propio velorio, Nueve Iris llegó a la Isla del Encanto” (Antigua 72).



## **Nueve: mujer migrante**

La llegada a Puerto Rico es indicativa del continuado estado de inseguridad que Nueve experimenta: “La criminalización del proyecto migratorio, única alternativa para cada vez más personas que huyen de la guerra o de la pobreza, genera un estado permanente de inseguridad humana para las personas migrantes, quienes parecen nunca estar a salvo, ni en el país de origen, ni durante tránsito, ni en el país de destino” (García 7). En origen, aquella “pobreza traumatizante” imposibilitaba la vida; en tránsito, la muerte la acecha; y en destino, es susceptible ante la política migratoria y todo lo que de ella se desprende.

Puerto Rico, en su condición de Estado Libre Asociado, se rige por las leyes migratorias de Estados Unidos: “en el momento en que pisan la tierra de recepción pasan a ser vulnerables, es decir, a estar en condición de vulnerabilidad, a estar sujetos a ser finalmente heridos, a enfrentarse a la probabilidad de volver a ser dañados” (Bustamante “Correr” 136). Ahora, Nueve y sus compañeros son inmigrantes y, como tal, corren peligro: el peligro de ser capturados y deportados, de que todo haya sido en vano. Se encuentran en esa condición de vulnerabilidad y, por ello, corren:

Antes de que la yola tocara tierra, los viajeros debieron lanzarse al mar. Los que sabían nadar, nadaron. Los que no, como Nueve, llegaron a la orilla sin saber cómo. El capitán dio vuelta a su nave y se perdió en la sombra.

Ahora: ¡Correr! Adónde y por dónde era lo de menos. Correr y esconderse, antes de que los guardacostas los agarraran, era su única meta, por ahora (Antigua 75).

Nueve se junta a un grupo de tres hombres: dos de origen colombiano y el tercero, dominicano. Pasan esa primera noche escondidos entre los pilares de una casa en construcción. Sin haber comido ni bebido durante días, tampoco logran conciliar el sueño, por “los planes y la emoción de haber cruzado el charco” (Antigua 76). Nueve, esperanzada, piensa en lo que pronto podrá comprarles a sus hijas: “Con el primer sueldo, le voy a mandar dinero a mamá pa’ que le compre el uniforme de karate a Ling y otro zapatoj ortopédicos a Fran porque los della ya tan muy viejo” (Antigua 76).

A la mañana siguiente, la carrera sigue: “Después de caminar por horas, llegaron a un puente ancho, muy largo y bastante concurrido. Con la facha que llevaban, pasar desapercibidos no parecía una posibilidad. Luego de descartar algunas ideas, decidieron pasar corriendo: ¡A paso doble! [...] Con cara de ‘por favor no me agarren’, corrieron”



(Antigua 76-77). Necesitaban un teléfono para llamar a sus respectivos contactos en la isla y también un lugar seguro en el que esperar que los vinieran a buscar. Pero primero, deciden llamar a la puerta de una casa cualquiera para pedir agua: “Colombia le pidió que por favor les regalara un poco de agua, que andaban ejercitándose y habían perdido el rumbo. La señora le dio un empujoncito al niño que le agarraba el ruedo de su bata y les pidió que esperaran un rato. Pasó más de un minuto y los cuatro comenzaron a alejarse de la propiedad” (Antigua 77-78).

Este encuentro con la señora es significativo: ella manifiesta el miedo ante los otros cuando empuja ligeramente al niño –se entiende hacia dentro de la casa– para retirarlo de la vista de ellos, para esconderlo, para protegerlo. Del mismo modo, ellos, cuando advierten que la demora es sospechosa, comienzan a alejarse, suponiendo que la señora los ha delatado. Se saben rechazados y, en última instancia, temidos. Ese temor prácticamente automático que demuestra la dueña de la casa es producto de los discursos políticos en torno a la inmigración: “los discursos políticos y mediáticos [...] instan al racismo y la xenofobia” (García 6). Sara Ahmed analiza exhaustivamente esta cuestión en lo que denomina la “organización del odio” cuando se pregunta: “¿Cómo funciona el odio para alinear a algunos sujetos con algunos otros y en contra de otros otros?” (77-78). Si el grupo estuviese compuesto por migrantes blancos, procedentes de los nortes globales y arribados a la isla en avión, la señora no habría mostrado ese rechazo, ese repudio. Los discursos son detonadores y se interiorizan en el imaginario común:

Dichas narrativas funcionan al generar un sujeto a quien un otros imaginados ponen en peligro y cuya proximidad amenaza no solo con quitarle algo (empleos, seguridad, riqueza), sino con ocupar el lugar del sujeto. La presencia de este otro se imagina como una amenaza al objeto de amor (Ahmed 78).

Este objeto de amor es la nación y todo lo que “nosotros” hemos construido en ella. En el caso puertorriqueño, la cuestión se complejiza en extremo por la presencia de los Estados Unidos: “Es el amor por lo Blanco, o por aquellos reconocidos como tales, lo que supone que explica esta respuesta visceral de odio ‘comunal’ y compartido. *Puesto que amamos, odiamos y este odio es el que nos une*” (Ahmed 79). Siguiendo este esquema, “Los cuerpos de los otros se transforman, por lo tanto, en ‘los odiados’ mediante un discurso del dolor” (Ahmed 79). Así, cuando la mujer abre la puerta y ve cuatro cuerpos “otros” –porque ya está implicada su cosificación y no los percibe como personas–, el



odio se automatiza. Son, en el marco de las narrativas fascistas, aquellas vidas desechables, que no importan; cuerpos prescindibles que perturban el bienestar:

la señora les ofreció si querían algo más, que con gusto ella los ayudaría. Los cuatro se miraron sorprendidos y le agradecieron las buenas intenciones. Ya de camino, Ito, al ver a la mujer aún parada en la puerta, se devolvió y le pidió que si podía usar su teléfono. Nueve lo agarró por un brazo y le dijo que no fuera. Le clavó las uñas en la piel pero él le hizo caso omiso. Los colombianos también le dijeron que no era buena idea pero él ya iba entrando a la casa. Ambos entraron y se perdieron de vista. El trío, que afuera esperaba, no sabía qué hacer. A unos 100 metros de la propiedad se acomodaron junto a una camioneta vieja que allí había estacionado una década antes. En seguida, escucharon el sonido de una sirena (Antigua 78).

El desenlace es ilustrativo. Cuando Susan Sontag analiza el impacto de las imágenes de guerra en nuestras sociedades, determina que “La conciencia del sufrimiento que se acumula en un selecto conjunto de guerras sucedidas en otras partes es algo construido” (24). El sometimiento constante de la población ante las imágenes del horror genera cierta indolencia por diferentes emociones: ya sea por la fascinación ante el dolor o por el alivio de que lo que observamos les suceda a otros. A la mujer puertorriqueña que abre su puerta, el dolor de Nueve y sus compañeros le es ajeno, en ella no cabe la empatía: “es absurdo identificar al mundo con las regiones de los países ricos donde la gente goza del dudoso privilegio de ser espectadora, o de negarse a serlo” (Sontag 94). Llorando, Ito le reclama, desde la ira y el desespero: “—¡Mardita gorda del diablo! ¡Hija de la gran puta! Buena degraciá. ¿Tú sabe lo que’ eso coño? Eso sí, no tiapure hijelasemilla. Ojalá’ te eplotá’. ¡Marnacía! El niño quedó agarrado del ruedo de la bata de la mujer. Ella sonreía” (Antigua 78). Se debe tener en cuenta que, en la respuesta de la mujer interviene –además de esa desconexión con el dolor de Ito que la hace sonreír al verlo detenido y completamente desolado–, el odio que emana de los discursos sociopolíticos en torno a las migraciones, como ya se avanzaba.

Una vez establecida en Puerto Rico, Nueve tiene que enfrentarse a trabajos precarios; al racismo de un jefe “que se burlaba de su acento dominicano” (Antigua 81); a la necesidad de casarse por conveniencia con un hombre que resultó ser drogadicto; a una situación económica que le impedía viajar a República Dominicana y al arduo cometido de reagrupar a su familia con las instituciones complejizando el proceso de unificación. Tres años después de su llegada, logra traer consigo a Franniel –cuyo apodo era Chili– y dos años más tarde, pudo reunirse finalmente con Vaquita –o Ling, como la llamaban ahora–. Ese lapso de tiempo vuelve a ser una espera que se eterniza, similar a la que experimenta cuando decide migrar, pero a la inversa:



Cinco años después de haber abandonado su tierra, Nueve volvió a abrazar a Ling. La niña recuerda que venía de la cancha de practicar voleibol y vio a su mami sentada en medio del pasillo junto a las maletas ya abiertas. La abrazó. Tenía grajo. Aun así duró mucho tiempo llorando bajo sus brazos. La Chili, [sic] se les unió (Antigua 84).

## Conclusiones

La vida de Nueve está signada por la pobreza en la que crece y en la que nacen sus hijas, por el abandono de los padres a las niñas, por la maternidad precarizada, por las múltiples violencias a las que se ve expuesta y, por supuesto, por los intentos continuados –a pesar del horror que supone– de migrar a bordo de una yola. Por ende, el personaje de Nueve constata la importancia de atender a la problemática migratoria, a su actual feminización, al poder necropolítico que arroja a las personas una y otra vez a buscar otro futuro, aun habiendo experimentado las posibles consecuencias de atravesar el Canal de la Mona en una balsa. Lo hace, además, enfatizando la relevancia que tiene en estos procesos el rescate de los testimonios personales.

Nueve y sus hijas comprueban el impacto atroz de la migración en los vínculos afectivos familiares. Franniel enferma de tristeza y Vaquita se siente abandonada aun antes de que su madre se haya ido. La familia transnacional que conforman durante los cinco años en los que Nueve no hace otra cosa que ahorrar, arreglar los papeles y preparar la reagrupación familiar, suponen, para las tres, un duelo que solo se mitiga cuando pueden abrazarse de nuevo.

Nueve: mujer, dominicana, negra, madre sola, empobrecida, a bordo de doce yolas y, finalmente, inmigrante. La interseccionalidad parece situarla en un constante estado de contienda: lucha contra la pobreza, contra la violencia, contra las leyes migratorias, contra el mar, contra la muerte, contra el racismo, contra el fracaso, pero, principalmente, lucha contra la vida que a ella, y sobre todo a sus hijas, les tocó vivir. Lucha porque es una de esas vidas desechables para un sistema mundo regido por la necropolítica.

## Bibliografía

AHMED, Sara. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.



ANTIGUA, Kianny N. *9 iris y otros malditos cuentos*. Santo domingo: Editorial Nacional, 2010.

AUGÉ, Marc. *Los no lugares*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2017.

BUSTAMANTE, Fernanda. “‘Correr y que no te devuelvan, corre para olvidar de dónde has partido’: una lectura de *Los documentados* (20005) de Yolanda Arroyo”. *Revista Letral* 22. 2019: 129-150.

———. “Subjetividades dislocadas-subjetividades fronteras: inmigrantes en la narrativa dominicana reciente”. *Prosopopeya. Revista de crítica contemporánea* 7. 2011-2012: 151-168.

DERBY, Lauren. “La seducción del dictador: lo masculino y el espectáculo estatal durante la Era de Trujillo”. *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI. Cultura, política y cambio social*. Eds. Ramonina Brea, Rosario Espinal, Fernando Valerio-Holguín. Santo Domingo: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1999: 195-213.

DE SARLO, Giulia. *En la piel de las mujeres. Reescrituras de la dictadura trujillista en la ficción dominicana de los años 90*. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2016.

ESTÉVEZ, Ariadna. “El proceso necropolítico de la migración forzada. Una conceptualización de la producción y administración del refugio en el siglo XXI”. *Estudios Políticos* 63. 2022: 243-267.

FANON, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal, 2009.

FERNÁNDEZ-HAWRYLAK, María, Martha L. OROZCO, Davinia HERAS SEVILLA. “Familia y migración: las familias transnacionales”. *Familia: Revista de Ciencias y Orientación Familiar* (53). 2016: 87-106.

GARCÍA GONZÁLEZ, Sheila. “La vida desechable. Una mirada necropolítica a la contención migratoria actual”. *Migraciones* (50). 2020: 3-27.

GELABERT HORRACH, Magdalena. “Pobreza en la infancia: trauma complejo y comportamiento no normativo”. *Revista de Educación Social* (24). 2017: 514-523.



HERNÁNDEZ ANGUEIRA, Luisa. “En yola y al margen: reflexión teórica y metodológica en torno al género y migración”. *Caribbean Studies* (1). 1995: 223-244.

IZQUIERDO MARTÍNEZ, Ángel. “Temperamento, carácter, personalidad. Una aproximación a su concepto e interacción”. *Revista Complutense de Educación* (2). 2002: 617-643.

MBEMBE, Achille. *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2011.

PEDONE, Claudia. “‘Varones aventureros’ vs. ‘madres que abandonan’: reconstrucción de las relaciones familiares a partir de la migración ecuatoriana”. *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana* (30). 2008: 45-64.

PASCUAL Morán, Vanessa. “Al fondear la yola: ¿Loverá café?”. *CISCLA* 88. 1999. En línea. 03/09/2022.  
<http://dspace.cai.sg.inter.edu/jspui/bitstream/123456789/62/1/workingpaper88.pdf>

PODCAST DE YOLA. “Podcast de Yola”. En línea. 03/09/2022. <https://www.youtube.com/@podcastdeyola/featured>

PEÑA ALICEA, Glorimarie. “De papeles y viajes en yola: Una mirada a los procesos de regularización migratoria de los dominicanos en Puerto Rico”. En línea. 03/09/2022. <https://sites.lsa.umich.edu/umichupr/wpcontent/uploads/sites/421/2017/05/DepapelesyviajesenyolaponenciaUPR-MichiganPonencia.pdf>

VIVAS, Esther. *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*. Madrid: Capitán Swing, 2019.